

1

Un *casting* fallido

Para empezar, les hablaré de la señorita Frost. Si bien cuento a todo el mundo que llegué a ser escritor porque leí cierta novela de Charles Dickens a la formativa edad de quince años, la verdad es que era más joven cuando conocí a la señorita Frost e imaginé que hacía el amor con ella, y ese momento de mi despertar sexual señaló asimismo el convulso nacimiento de mi imaginación. Nos forma aquello que deseamos. En menos de un minuto de arrebatado y secreto anhelo deseé ser escritor y hacer el amor con la señorita Frost..., no necesariamente en ese orden.

Conocí a la señorita Frost en una biblioteca. Me gustan las bibliotecas, pese a que encuentro ciertas dificultades al pronunciar la palabra, tanto en plural como en singular. Según parece, determinadas palabras me plantean serios problemas de pronunciación, sobre todo sustantivos: personas, lugares y objetos que me han ocasionado una inusitada excitación, un conflicto irresoluble o un miedo cerval. Bueno, eso opinan los diversos profesores de voz y logopedas y psiquiatras que me han tratado... sin éxito, lamento decir. En primaria, repetí un curso debido a «graves deficiencias del habla»: una exageración. Ahora cuento sesenta y muchos años, casi setenta; ya he perdido el interés por la causa de mis errores de pronunciación. (Hablando en plata: a la mierda la etiología.)

La palabra «etiología» ni siquiera intento decirla; en cambio, sí consigo, no sin esfuerzo, una pronunciación incorrecta pero comprensible de «biblioteca» o «bibliotecas», y al hacerlo surge de mis labios la palabra errada en forma de ave desconocida. (Digo «mirlooteca» o «mirlo-tecas», como los niños.)

Para mayor ironía, mi primera biblioteca carecía de toda distinción. Se trataba de la biblioteca pública de la pequeña localidad de First Sister, Vermont, un compacto edificio de obra vista en la misma calle donde vivían mis abuelos. Yo viví con ellos en su casa de River Street hasta los quince años, cuando mi madre volvió a casarse. Mi madre conoció a mi padrastro en una obra teatral.

La agrupación de teatro *amateur* del pueblo se llamaba Comediantes de First Sister; hasta donde me alcanza la memoria, vi todas las obras representadas en el pequeño teatro de nuestro pueblo. Mi madre era la apuntadora: si a alguien se le olvidaba el texto, ella le dictaba qué tenía que decir. (Como teatro *amateur* que era, dichos olvidos se producían con frecuencia.) Durante muchos años pensé que el apuntador era un actor más, misteriosamente oculto entre bambalinas, y sin traje de escena, pero con una aportación necesaria al diálogo.

Mi padrastro, cuando mi madre lo conoció, era un actor recién incorporado a los Comediantes de First Sister. Había venido al pueblo para dar clases en la academia Favorite River, un colegio privado cuasiprestigioso, que por aquel entonces era exclusivamente masculino. Durante buena parte de mi infancia (y con toda certeza cuando contaba ya diez u once años) debí de ser consciente de que con el tiempo, cuando «tuviera la edad», iría a estudiar a la academia. El colegio disponía de una biblioteca más moderna y mejor iluminada, pero la biblioteca pública del pueblo de First Sister fue mi primera biblioteca, y su bibliotecaria fue mi primera bibliotecaria. (Y, dicho sea de paso, nunca he tenido el menor problema para pronunciar la palabra «bibliotecaria».)

La señorita Frost, ni que decir tiene, fue una experiencia más memorable que la biblioteca. De forma imperdonable, no averigüé su nombre de pila hasta mucho después de conocerla. Todos la llamaban señorita Frost, y yo le calculé la edad de mi madre —o poco menos— cuando, ya tardíamente, tuve mi primer carnet de la biblioteca y la conocí. Mi tía, una persona de lo más imperiosa, me había contado que la señorita Frost «antes era muy guapa», pero a mí me era imposible imaginar que la señorita Frost pudiera haber sido alguna vez más guapa que cuando la conocí, y eso que yo, ya de niño, me pasaba la vida imaginando cosas. Mi tía sostenía que «antes» los hombres solteros y sin compromiso del pueblo perdían el oremus en presencia de la señorita Frost. Cuando uno de ellos reunía el valor para presentarse —y llegar al punto de decirle su nombre a la señorita Frost—, la por entonces hermosa bibliotecaria lo miraba con frialdad y, gélidamente, respondía: «Me llamo *señorita* Frost. Nunca he estado casada, ni quiero estarlo».

Con tal actitud, la señorita Frost seguía sin casarse cuando yo la conocí, y al menos para mí era inconcebible que los hombres solteros y sin compromiso del pueblo de First Sister hubieran dejado de presentarse a ella.

La novela crucial de Dickens —la que me llevó a desear ser escritor, o eso digo siempre— fue *Grandes esperanzas*. Sé con certeza que tenía quince años tanto cuando la leí por primera vez como cuando la releí por primera vez. Me consta que fue antes de empezar a estudiar en la academia, porque saqué el libro de la biblioteca de First Sister... dos veces. Jamás olvidaré el día que acudí a la biblioteca para llevarme ese libro por segunda vez; nunca antes había deseado releer una novela entera.

La señorita Frost me dirigió una mirada penetrante. Dudo que por entonces yo le llegara a los hombros. «La señorita Frost fue *en su día* lo que llaman “escultural”», me había dicho mi tía, como si incluso la estatura y silueta de la señorita Frost existieran únicamente en el pasado. (Para mí, fue *siempre* escultural.)

Aunque la señorita Frost era una mujer de postura erguida y hombros anchos, fueron sobre todo sus pequeños pero bonitos pechos los que captaron mi atención. En aparente contraste con su tamaño hombruno y su ostensible fuerza física, los pechos de la señorita Frost presentaban cierto aire de recién desarrollados, el inverosímil aspecto incipiente de los pechos de una muchacha. Yo no me explicaba cómo era posible que una mujer mayor hubiese conseguido esa apariencia, pero sin duda sus pechos habían capturado la imaginación de cuantos adolescentes se habían cruzado con ella, o eso pensé yo al conocerla en..., ¿cuándo fue? En 1955. Comprendan que, por otro lado, la señorita Frost nunca vestía de manera provocativa, o al menos no en el silencio impuesto de la lúgubre biblioteca pública de First Sister; de día o de noche, fuera cual fuese la hora, allí apenas había nadie.

Sin querer, yo había oído expresar a mi imperiosa tía el siguiente comentario (dirigido a mi madre): «La señorita Frost ya ha pasado esa edad en que basta con un sujetador preparatorio». A mis trece años, yo había interpretado esto en el sentido de que —a juicio de mi lapidaria tía— los sujetadores de la señorita Frost eran de lo más improcedentes para sus pechos, o viceversa. ¡A mí no me lo parecía! Y mientras yo, para mis adentros, me angustiaba por las distintas obsesiones, las de mi tía y las mías, con los pechos de la señorita Frost, la apabullante bibliotecaria siguió fijando en mí la antedicha mirada penetrante.

La había conocido a los trece años; y en ese momento intimidatorio yo tenía quince, pero, dado el carácter invasivo de esa prolongada e insistente mirada, se me antojó una mirada penetrante de dos años de duración. Al final, respecto a mi deseo de volver a leer *Grandes esperanzas*, la señorita Frost dijo:

—Ése ya lo has leído, William.

—Sí, me gustó mucho —respondí, en lugar de soltar, cosa que no hice por muy poco, que quien me gustaba era *ella*. Era una mujer de una formalidad austera: la primera persona que indefectiblemente se dirigió a mí por el nombre de «William». Mi familia y amigos me llamaban siempre «Bill» o «Billy».

Yo quería ver a la señorita Frost vestida *sólo* con el sujetador, que (en opinión de mi entrometida tía) proporcionaba sostén insuficiente. Así y todo, en lugar de soltar tamaña indiscreción, dije:

—Quiero releer *Grandes esperanzas*. —(Ni una palabra sobre la premonición de que la señorita Frost había causado en mí una impresión no menos devastadora que la que Estella causa en el pobre Pip.)

—¿Tan pronto? —preguntó la señorita Frost—. ¡Pero si leíste *Grandes esperanzas* hace un mes!

—Me muerdo de ganas de releerlo —respondí.

—Hay muchos libros de Charles Dickens —dijo la señorita Frost—. Deberías probar con otro, William.

—Ya lo haré —aseguré—, pero primero quiero releer éste.

La segunda vez que la señorita Frost se refirió a mí como «William» se me empinó al instante, pese a que, a los quince años, tenía el pene pequeño y una erección risiblemente decepcionante. (Baste decir que no existía el menor riesgo de que la señorita Frost *notara* que la tenía empinada.)

Mi tía omnisciente le había dicho a mi madre que yo estaba poco desarrollado para mi edad. Naturalmente, mi tía quería decir «poco desarrollado» en otros sentidos (o en todos); que yo supiera, no me veía el pene desde mi más tierna infancia, si es que entonces me lo vio. Sin duda tendré más cosas que decir sobre la palabra «pene». De momento, es suficiente con que sepan que encuentro grandes dificultades para pronunciar «pene», palabra que en mi atormentada dicción surge —y eso si consigo darle expresión verbal— en forma de «peve», que, por si cabe alguna duda, rima con «breve». (Hago lo imposible por evitar el plural.)

En todo caso, cuando yo intentaba sacar *Grandes esperanzas* en préstamo por segunda vez, la señorita Frost no sabía nada de mis angustias sexuales. De hecho, por la reacción de la señorita Frost, tuve la impresión de que, con tantos libros en la biblioteca, *releer* cualquiera de ellos era una pérdida de tiempo inmoral.

—¿Qué tiene de tan especial *Grandes esperanzas*? —preguntó.

Ella fue la primera persona a quien anuncié que quería ser escritor «debido a» *Grandes esperanzas*, pero en realidad fue debido a ella.

—¡Quieres ser *escritor!* —exclamó la señorita Frost; no pareció complacerle mucho la idea. (Años más tarde me preguntaría si la señorita Frost habría expresado indignación ante la palabra «sodomizador» en el caso de que yo hubiera apuntado aquello como profesión.)

—Sí, escritor..., creo —confirmé.

—¡No es posible que sepas que vas a ser escritor! —dijo la señorita Frost—. Eso no es una opción profesional.

Desde luego, en eso tenía razón, pero yo entonces no lo sabía. Y no le suplicaba sólo para que me permitiera releer *Grandes esperanzas*; mis súplicas eran especialmente fervientes, en parte, porque cuanto más se exasperaba conmigo la señorita Frost, tanto más podía apreciar yo sus repentinas inhalaciones, además del resultante vaivén de sus pechos sorprendentemente púberes.

A los quince, yo estaba tan derretido y trastocado por ella como dos años antes. No, eso exige una rectificación: me tenía mucho más cautivado a los quince que a los trece; por aquel entonces sencillamente albergaba la fantasía de hacer el amor con ella y llegar a ser escritor, en tanto que, a los quince, el sexo imaginado estaba más desarrollado (contenía más detalles concretos) y ya había escrito unas cuantas frases que admiraba.

Tanto el sexo con la señorita Frost como la perspectiva de ser un escritor de verdad eran poco probables, claro está, pero ¿cabía una mínima posibilidad? Yo, curiosamente, en mi extrema presunción, así lo creía. En cuanto a la procedencia de tan exagerado orgullo o infundado aplomo..., en fin, sólo podía inferir que en eso algo tenían que ver los genes.

No me refiero a los de mi madre; nunca vi la menor presunción en su función de apuntadora entre bastidores. A fin de cuentas, yo pasaba con ella casi todas las veladas en aquel refugio para los miembros de la agrupación de teatro *amateur* del pueblo, personas de talento desigual (o sin talento). Aquel pequeño teatro no era un lugar que se caracterizase por un reparto uniforme del orgullo o un desbordante aplomo: de ahí la necesidad de una apuntadora.

Si mi extrema presunción era genética, procedía con toda certeza de mi padre biológico. Según me contaron, no llegué siquiera a verlo; lo conocía sólo de oídas, y lo que se oía no era bueno.

«El chico de los códigos», como aludía a él mi abuelo, o, con menor frecuencia, «el sargento». Mi madre había abandonado la universidad por el sargento, sostenía mi abuela. (Ella prefería «sargento», término que siempre empleaba con desdén, a «chico de los códigos».) Si William Francis Dean fue causa coadyuvante en el hecho de que mi

madre abandonara los estudios universitarios, la verdad es que a mí no me constaba; ella se pasó después a una academia de secretariado, pero no antes de que él la dejara embarazada de mí. Por consiguiente, mi madre abandonó también la academia de secretariado.

Según me contó mi madre, se casó con mi padre en Atlantic City, Nueva Jersey, en abril de 1943: un poco tarde para una boda de penalty, habida cuenta de que yo nací en First Sister, Vermont, en marzo de 1942. Ya tenía un año cuando ella se casó con él, y la boda (una de esas componendas de juzgado de pueblo) había sido básicamente idea de mi abuela, o eso afirmaba mi tía Muriel. Por lo que me dieron a entender, William Francis Dean no fue al matrimonio de muy buena gana.

«Nos divorciamos cuando aún no tenías dos años», me había dicho mi madre. Yo había visto el certificado de matrimonio, por eso me acordaba de Atlantic City, Nueva Jersey, un emplazamiento aparentemente exótico y alejado de Vermont; mi padre había hecho allí la instrucción básica. Nadie me había enseñado los documentos del divorcio.

«Al sargento no le interesaban ni el matrimonio ni los niños», me había dicho mi abuela, con no pocos aires de superioridad; incluso de niño, yo veía que la altivez de mi tía procedía de mi abuela.

Pero como consecuencia de lo sucedido en Atlantic City, Nueva Jersey —a instancias de quien fuera—, ese certificado de matrimonio me legitimó, aunque tardíamente. Me pusieron William Francis Dean, hijo; yo tenía su nombre, pero no su presencia. Y debía de tener, en cierta medida, sus genes de chico de los códigos: la «gallardía» del sargento, desde el punto de vista de mi madre.

—¿Cómo era? —le había preguntado yo a mi madre acaso un centenar de veces. A ese respecto solía mostrar gran condescendencia.

—Ah, era guapísimo, como lo serás tú —contestaba siempre con una sonrisa—. Y tenía gallardía para dar y tomar. —Mi madre era muy cariñosa conmigo, hasta que empecé a crecer.

No sé si todos los preadolescentes, y los chicos en la primera adolescencia, prestan tan poca atención al tiempo lineal como le prestaba yo, pero a mí nunca se me ocurrió analizar la secuencia de los acontecimientos. Mi padre debió de dejar preñada a mi madre a finales de mayo o principios de junio de 1941, cuando él terminaba su primer curso en Harvard. Aun así, nunca oí que se aludiera a él —ni siquiera en un comentario sarcástico de la tía Muriel— como «el chico de *Harvard*». Siempre lo llamaban «el chico de los códigos» (o «el sargento»), pese a que mi madre a todas luces se enorgullecía del vínculo de él con Harvard.

«¿Te imaginas entrar en Harvard a los quince años?», la había oído decir más de una vez.

Pero si mi gallardo padre tenía quince años al inicio de su primer curso en Harvard (en septiembre de 1940), por fuerza era más *joven* que mi madre, que cumplía años en abril. Ella ya tenía veinte en abril de 1940; le faltaba un mes para cumplir los veintidós cuando yo nací, en marzo de 1942.

¿Fue acaso el hecho de que mi padre no tuviera aún los dieciocho la razón por la que no se casaron al enterarse ella de que estaba embarazada? Él los cumplió en octubre de 1942. Como me dijo mi madre: «Preceptivamente, la edad mínima para incorporarse a filas se redujo a dieciocho». (Sólo más tarde se me ocurriría que la palabra «preceptivamente» no era habitual en el vocabulario de mi madre; quizá fuera así como hablaba el chico de Harvard.)

«Tu padre consideró que podría controlar mejor su destino militar alistándose voluntario anticipadamente, cosa que hizo en enero de 1943», explicó mi madre. («Destino militar» tampoco parecía pertenecer al vocabulario de ella; la impronta del chico de Harvard también saltaba a la vista.)

Mi padre viajó en autobús a Fort Devens, Massachusetts —punto de partida de su servicio militar—, en marzo de 1943. Por aquel entonces, las fuerzas aéreas formaban parte del ejército de tierra; se le asignó una especialidad: técnico en criptografía. Para la instrucción básica, las fuerzas aéreas habían elegido Atlantic City y las dunas de las inmediaciones. Mi padre y sus compañeros de reemplazo vivaqueaban en los hoteles de lujo, donde los reclutas causarían estragos. Según mi abuelo: «En los bares nadie comprobaba los documentos de identidad. Los fines de semana, las chicas..., casi todas funcionarias de Washington..., llegaban a la ciudad en bandadas. Era una juerga continua, seguro... Eso a pesar de que andaban disparando toda clase de armas en las dunas».

Mi madre contaba que visitó a mi padre en Atlantic City «una o dos veces». (¿Cuando aún no estaban casados y yo tenía un año?)

Seguramente fue con mi abuelo con quien viajó mi madre a Atlantic City para esa «boda» en abril de 1943; debió de ser poco antes de que enviaran a mi padre a la academia de criptografía de las fuerzas aéreas en Pawling, Nueva York, donde le enseñaron a usar los libros de códigos y las tablas de cifrado. Desde allí, a finales del verano de 1943, enviaron a mi padre al aeródromo de Chanute, en Rantoul, Illinois. «En Illinois aprendió los rudimentos de la criptografía», dijo mi madre. Así que, diecisiete meses después de mi nacimiento, seguían en con-

tacto. («Rudimentos» nunca ocupó un lugar destacado en el vocabulario de mi madre.)

«En el aeródromo de Chanute tu padre se instruyó en el uso de la máquina de cifrado militar básica; en esencia, un teletipo con un juego electrónico de rotores de codificación acoplado», explicó mi abuelo. Lo mismo habría dado que hablase en latín; muy posiblemente, ni siquiera mi padre ausente habría sido capaz de hacerme entender las funciones de una máquina de cifrado.

Mi abuelo nunca empleó los términos «chico de los códigos» o «sargento» con desdén, y se complacía en recitarme la trayectoria militar de mi padre. Gracias a su trabajo como actor aficionado en los Comediantes de First Sister mi abuelo debió de desarrollar la retentiva necesaria para recordar detalles tan específicos y complicados; mi abuelo era capaz de repetirme palabra por palabra todo lo que le había pasado a mi padre, aunque tampoco puede decirse que el trabajo de un criptógrafo en la guerra, la codificación y decodificación de mensajes secretos, careciera por completo de interés.

Las Fuerzas Aéreas del Decimoquinto Ejército Estadounidense tenían su cuartel general en Bari, Italia. El 760 Escuadrón de Bombardeiros, al que pertenecía mi padre, estaba acantonado en la base aérea del ejército en Spinazzola, que ocupaba unas tierras de labranza al sur del pueblo.

Tras la invasión aliada de Italia, las Fuerzas Aéreas del Decimoquinto Ejército intervinieron en el bombardeo del sur de Alemania, Austria y los Balcanes. Desde noviembre de 1943 hasta la primavera de 1945 se perdió en esos combates más de un millar de bombarderos pesados B-24. Pero los criptógrafos no volaban. Mi padre rara vez abandonaba la sala de cifrado de la base de Spinazzola; se pasó los dos años siguientes de la guerra con sus libros de códigos y el incomprensible artefacto de codificación.

Mientras los bombarderos atacaban los complejos fabriles nazis en Austria y los yacimientos petrolíferos de Rumania, mi padre sólo se arriesgó a ir hasta Bari, y más que nada con la intención de vender su tabaco en el mercado negro. (El sargento William Francis Dean no fumaba, me había asegurado mi madre, pero en Bari vendió tabaco suficiente para comprarse un coche cuando regresó a Boston: un Chevrolet cupé de 1940.)

La desmovilización de mi padre fue relativamente ágil. Pasó la primavera de 1945 en Nápoles, que describió como una ciudad «cautivadora y exultante, y anegada en cerveza». (¿A *quién* se la describió? Si se había divorciado de mi madre antes de cumplir yo los dos años

—¿cómo se divorció?—, ¿por qué seguía escribiéndole cuando yo ya tenía tres?)

Quizá no le escribía a ella sino a mi abuelo; fue mi abuelo quien me contó que mi padre se había embarcado en un buque de transporte de la marina en Nápoles. Tras una breve estancia en Trinidad, mi padre fue trasladado en un C-47 a una base de Natal, Brasil, donde comentó que el café era «muy bueno». Desde Brasil, otro C-47 —descrito éste como «anticuado»— lo llevó a Miami. Un tren militar con rumbo al norte dispersó a los soldados recién llegados por los lugares donde recibirían la licencia; por eso mi padre acabó otra vez en Fort Devens, Massachusetts.

Octubre era ya demasiado tarde para regresar a Harvard en ese mismo año académico de 1945; compró el Chevy con el dinero obtenido en el mercado negro y consiguió un empleo eventual en el departamento de juguetería de Jordan Marsh, los grandes almacenes más importantes de Boston. En otoño de 1946 regresaría a Harvard y se especializaría en «románicas», que, según explicó mi abuelo, englobaba las lenguas y tradiciones literarias de Francia, España, Italia y Portugal. («O al menos dos o tres de ellas», añadió mi abuelo.)

«Tu padre era un hacha con las lenguas extranjeras», me había contado mi madre. ¿Y por eso mismo, tal vez, un hacha con la criptografía? Pero ¿qué interés podían tener mi madre o mi abuelo en la especialidad de mi padre en Harvard? ¿Por qué conocían siquiera esos detalles? ¿Por qué se les había informado de ellos?

Existía una fotografía de mi padre, el único retrato que vi de él durante años. En la fotografía aparece muy joven y muy delgado. (Era a finales de la primavera o principios del verano de 1945.) Está comiendo un helado en el susodicho buque de transporte de la marina; la foto se tomó en algún lugar entre la costa de la Italia meridional y el Caribe, antes de atracar en Trinidad.

Supongo que la pantera negra en la cazadora de aviador de mi padre captó toda o casi toda mi imaginación infantil; esa pantera de aspecto fiero era el símbolo del 460 Grupo de Bombarderos. (La criptografía era en rigor una actividad para la tripulación de tierra; aun así, los criptógrafos recibían cazadoras de aviador.)

Una obsesión mía ante la que todo lo demás quedaba eclipsado era que había en *mí* algo del héroe de guerra, si bien los detalles de las hazañas bélicas de mi padre no parecían muy heroicos, ni siquiera para un niño. Pero mi abuelo era un forofo de la segunda guerra mundial —ya saben, uno de esos a quienes fascinan todos los detalles— y siempre me decía: «¡Veo en ti a un futuro héroe!».

De William Francis Dean, mi abuela apenas tenía cosas buenas que decir y la evaluación de mi madre empezaba y (las más de las veces) acababa con «guapísimo» y «gallardía para dar y tomar».

No, eso no es del todo cierto. Cuando le preguntaba por qué las cosas no habían salido bien entre ellos, mi madre contestaba que había visto a mi padre besar a alguien. «Lo vi besar a otra *persona*», era lo único que decía, tan maquinalmente como si le estuviese apuntando la palabra «persona» a un actor que había olvidado su frase. Mi conclusión fue que ella había observado ese beso después de quedarse embarazada de mí —incluso después de mi nacimiento, quizá—, y que vio lo suficiente de ese encuentro de labios aplastados para saber que no era un beso inocente.

«Debió de ser un beso francés, uno de esos morreos con la lengua metida hasta la garganta», me confió una vez mi prima, una chica muy ordinaria, mayor que yo, hija de esa tía imperiosa a la que aludo una y otra vez. Pero ¿a quién besaba mi padre? Me preguntaba si habría sido a una de esas chicas que llegaban a Atlantic City en bandadas los fines de semana, una de esas funcionarias de Washington. (¿Por qué, si no, me las había mencionado mi abuelo?)

Por aquel entonces eso era lo único que yo sabía; lo cual no era mucho. Así y todo, me bastaba para desconfiar de mí mismo —incluso para sentir aversión por mí mismo—, porque tendía a atribuir todos mis defectos a mi padre biológico. Le achacaba mis malos hábitos, mis comportamientos indignos y furtivos; en esencia, creía que todos mis demonios eran hereditarios. Aquellos aspectos de mí que me generaban duda o temor eran, con absoluta certeza, rasgos del sargento Dean.

¿No había dicho mi madre que yo sería guapo? ¿No era eso también una maldición? En cuanto a la gallardía... En fin, ¿acaso no había albergado yo la presunción (a los trece años) de que llegaría a ser escritor? ¿Acaso no había imaginado ya que hacía el amor con la señorita Frost?

Créanme, yo no deseaba ser el vástago de mi padre fugado, la progeñie con su dotación genética, un individuo que dejaba preñadas a mujeres jóvenes a diestro y siniestro y luego las abandonaba. Porque ése era el *modus operandi* del sargento Dean, ¿o no? Tampoco deseaba su nombre. *Detestaba* ser William Francis Dean, hijo: ¡el cuasibastardo del chico de los códigos! Si alguna vez ha existido un niño que *desea* un padrastro, que quisiera que su madre al menos tuviera un novio formal, ése era yo.

Lo cual me lleva al punto que en su día me planteé como posible principio de este primer capítulo, porque podría haber empezado ha-

blándoles de Richard Abbott. El que pronto sería mi padrastro puso en marcha la historia de mi futura vida; de hecho, si mi madre no se hubiera enamorado de Richard, tal vez yo nunca habría conocido a la señorita Frost.

Antes de que Richard Abbott se incorporara a los Comediantes de First Sister, había «*carencia* de actores con madera de protagonista masculino» en la agrupación de teatro *amateur* de nuestro pueblo; no había villanos verdaderamente aterradores, ni hombres jóvenes con las dotes románticas necesarias para provocar desmayos entre las mujeres más jóvenes y más viejas de la concurrencia. Richard no sólo era alto, moreno y guapo: era la viva encarnación del cliché. Además, era delgado. Richard era tan delgado que presentaba, a mi modo de ver, un notable parecido con mi padre, el chico de los códigos, quien, en la única foto que tenía de él, aparecía permanentemente delgado, y comiendo helado por siempre jamás, en algún lugar entre la costa de la Italia meridional y el Caribe. (Como es natural, me preguntaba si mi madre era consciente de dicho parecido.)

Antes de que Richard Abbott empezase a actuar con los Comediantes de First Sister, los miembros masculinos del pequeño teatro de nuestro pueblo eran o bien farfulleros incoherentes, hombres que dirigían la vista al suelo y lanzaban miradas furtivas, o bien (e igualmente previsibles) apabullantes histriones que declamaban sus frases a grito limpio y dirigían caídas de ojos a las susceptibles matronas sentadas entre el público.

En lo tocante al talento, una destacada excepción —ya que era un actor muy talentoso, aunque no al nivel de Richard Abbott— era mi abuelo, el forofó de la segunda guerra mundial, Harold Marshall, a quien todos (salvo mi abuela) llamaban Harry. Mi abuelo era la persona que a más personas empleaba en First Sister, Vermont; Harry Marshall tenía más empleados que la academia Favorite River, aunque el colegio privado era, sin duda, la segunda entidad que más trabajo proporcionaba en nuestro pequeño pueblo.

El abuelo Harry era dueño del Aserradero y Maderería de First Sister. El socio de Harry —un noruego taciturno, a quien pronto les presentaré— era el silvicultor. El noruego supervisaba las operaciones de tala, pero Harry dirigía el aserradero y la maderería. Por otra parte, el abuelo Harry firmaba todos los cheques, y los camiones verdes que transportaban los troncos y la madera cortada llevaban rotulado, con pequeñas mayúsculas amarillas, el nombre MARSHALL.

Dada la elevada posición de mi abuelo en nuestro pueblo, podía sorprender que los Comediantes de First Sister le asignaran siempre papeles de mujer. Mi abuelo era un consumado intérprete de personajes femeninos; en el pequeño teatro de nuestro pueblo, Harry Marshall aparecía en muchas obras (algunos dirían que «en la gran mayoría») como actriz principal. De hecho, recuerdo mejor a mi abuelo como mujer que como hombre. En los papeles femeninos que representaba en el escenario se mostraba vibrante e implicado, como nunca lo vi en su monótono papel en la vida real como director del aserradero y la maderería.

Lamentablemente, el origen de ciertos roces familiares se hallaba en el hecho de que la única rival del abuelo Harry para los papeles femeninos más difíciles y gratificantes fuese su hija mayor, Muriel, la hermana casada de mi madre, la tía que tan a menudo menciono.

La tía Muriel sólo tenía dos años más que mi madre; sin embargo, lo había hecho todo antes de que a mi madre se le pasara siquiera por la cabeza hacerlo, y además lo había hecho debidamente y (desde su punto de vista) a la perfección. Había «estudiado literatura universal» en Wellesley, o eso decían, y se había casado con mi maravilloso tío Bob, su «primer y único pretendiente», como lo llamaba la tía Muriel. O al menos a mí el tío Bob me parecía maravilloso; siempre fue maravilloso *conmigo*. Pero, como supe más adelante, Bob bebía, y su hábito era una carga y un motivo de bochorno para la tía Muriel. Mi abuela, de quien Muriel había sacado el carácter imperioso, a menudo comentaba que la conducta de Bob no estaba «a la altura» de Muriel, y a saber qué quería decir con eso.

Mi abuela, por esnob que fuera, empleaba un lenguaje salpicado de expresiones proverbiales y frases hechas, y la tía Muriel, a pesar de su tan cacareada educación, parecía haber heredado (o simplemente imitaba) la vulgaridad del discurso poco inspirado de su madre.

Creo que el amor y la necesidad que sentía Muriel por el teatro surgían del deseo de encontrar algo original que declamar con su engolada voz. Muriel era atractiva —una morena esbelta, dotada de un soberbio busto de cantante de ópera y voz atronadora—, pero de una insustancialidad absoluta. Al igual que mi abuela, la tía Muriel conseguía ser arrogante y lapidaria sin decir nada que fuera verificable e interesante. En este sentido, tanto mi abuela como mi tía eran, a mi modo de ver, dos pelmas que hablaban con tono de superioridad.

En el caso de la tía Muriel, gracias a su dicción impecable, resultaba totalmente creíble en el escenario; era un loro perfecto, pero un loro robótico y desabrido, y era tan compasiva o poco compasiva como el personaje que interpretaba. Muriel empleaba un lenguaje elevado, pero

su propia «personalidad» era deficiente; no era más que una quejica crónica.

En el caso de mi abuela, provenía de una época rígida y había recibido una educación conservadora; estos condicionamientos la llevaron a la convicción de que el teatro era en esencia inmoral —o, para ser más indulgente, amoral— y las mujeres no debían participar en él. Victoria Winthrop (ese *Winthrop* era el apellido de soltera de mi abuela) opinaba que, en toda representación teatral, los papeles femeninos debían ser interpretados por muchachos y hombres; si bien confesaba que los numerosos triunfos en el escenario de mi abuelo (encarnando a diversas mujeres) la abochornaban, también creía que era así como debía representarse el arte dramático, única y exclusivamente con actores masculinos.

A mi abuela —yo la llamaba Nana Victoria— la aburría que Muriel se sumiera en el desconsuelo (durante días) cuando, en liza con el abuelo Harry, perdía un papel jugoso. Harry, por el contrario, se lo tomaba con deportividad siempre que el papel codiciado iba a parar a su hija. «Debían de querer a una chica guapa, Muriel; en ese terreno me ganas de calle.»

Yo no estoy tan seguro. Mi abuelo era un hombre de estructura ósea menuda y tenía un rostro agraciado; se movía con garbo, y no le requería ningún esfuerzo reírse como una muchacha o llorar a moco tendido. Podía ser convincente en el papel de maquinadora, o de despechada, y con los besos que daba en el escenario a los diferentes hombres mal elegidos para sus papeles era más convincente de lo que mi tía Muriel llegaría a ser jamás. Ésta hacía remilgos a los besos en el escenario, pese a que el tío Bob no ponía el menor reparo. Bob parecía disfrutar viendo a su mujer y a su suegro repartir besos en el escenario, y mejor así, ya que interpretaban los papeles femeninos principales en la mayoría de las representaciones.

Ahora que soy mayor, aprecio más al tío Bob, que parecía disfrutar con muchas personas y cosas, y que lograba transmitirme una conmiseración tácita pero sincera. Creo que Bob entendía de dónde procedía el lado Winthrop de la familia; aquellas Winthrop estaban acostumbradas desde hacía tiempo (o genéticamente predispuestas) a mirarnos a los demás por encima del hombro. Bob se compadecía de mí, porque sabía que Nana Victoria y la tía Muriel (e incluso mi madre) me observaban con cautela en busca de indicios reveladores de que yo era —como temían todos, como temía yo mismo— el hijo del inútil de mi padre. Me juzgaban por los genes de un hombre a quien yo no conocía, y el tío Bob, quizá porque bebía y no se lo considera-

ba «a la altura» de Muriel, sabía qué se sentía al ser juzgado por el lado Winthrop de la familia.

El tío Bob era el encargado del Departamento de Admisiones de la academia Favorite River; el hecho de que el colegio aplicara unos parámetros laxos para la admisión no implicaba forzosamente que mi tío fuera responsable directo de las deficiencias de Favorite River. Aun así, Bob era juzgado; el lado Winthrop de la familia lo tenía por «excesivamente permisivo», otra razón por la que a mí me parecía maravilloso.

Aunque recuerdo haber oído a distintas fuentes mencionar la afición de Bob a la bebida, nunca lo vi ebrio; bueno, excepto en una ocasión espectacular. De hecho, durante mi infancia en First Sister, Vermont, pensaba que el problema de Bob con la bebida se exageraba: a las Winthrop se las conocía por su desmedida tendencia a escandalizarse. La indignación moral era un rasgo propio de las Winthrop.

Fue durante el verano de 1961, mientras yo estaba de viaje con Tom, cuando por algún motivo salió a colación que Bob era mi tío. (Lo sé: no les he hablado de Tom. Tendrán que ser pacientes conmigo; me cuesta llegar a Tom.) Para Tom y para mí, ése era el verano en teoría importantísimo entre nuestra graduación preuniversitaria y el primer curso en la universidad; la familia de Tom y la mía nos habían eximido de nuestros habituales trabajos de verano para que pudiéramos viajar. Probablemente se esperaba que nos conformáramos con dedicar un solo verano a la incierta meta de «encontrarnos» a nosotros mismos, pero a Tom y a mí el regalo de ese verano no nos pareció en modo alguno tan importante como se supone que debe ser ese momento de la vida.

Para empezar, no teníamos dinero, y la consustancial extranjería de un viaje por Europa nos aterrorizaba; en segundo lugar, ya nos habíamos «encontrado» a nosotros mismos y no veíamos la manera de conciliarnos con quienes éramos, al menos en público. A decir verdad, había aspectos de nosotros que el pobre Tom y yo considerábamos igual de extranjeros (y de aterradores) que lo que llegamos a ver de Europa viajando a la buena de Dios.

Ni siquiera recuerdo por qué salió a colación el nombre de Bob, y Tom ya sabía que yo estaba emparentado con el bueno de Bob, alias «Entrada libre para todos», como lo llamaba Tom.

—No somos parientes consanguíneos —había empezado a explicar yo. (Pese al grado de alcohol en sangre del tío Bob en cualquier momento dado, por sus venas no corría ni una sola gota de sangre Winthrop.)